

GUNTHER PLUSCHOW, el AVIADOR de TSINGTAU

El donjuanismo no sólo existe en el amor a las mujeres, sino también en el amor a las tierras, a los países, a los mitos y a las cosas de la vida. Esa manera de donjuanismo es muy corriente. Se anda de aquí por ciudades y países, se ensaya un oficio después del otro; lo que aver nos entusiasma hoy apenas nos conmueve. Dos horas para olvidarlas, se concedía Don Juan en su horario de amor. Naturalmente exageraba, como buen fanfarrón que era, y sobre todo como buen personaje creado por una mente romántica. ¿Cuánto tiempo tardamos nosotros en evadirnos de cualquier sitio que mantuvo su tirante atracción sobre nuestro interés?

Hay seres que de niños se apeñan a una idea, de cuya zona de irradiación nunca saldrán. Son los antidonjuanos. Equivalen a esos que a los doce años se ponen novios de sus primas y conservan su amor a través de dos metamorfosis en que el hombre casi se hace de nuevo: la adolescencia y la juventud. Y se casan con ellas y tienen con ellas muchos hijos. Alain Gerbault pensaba en su infancia en dar una extraordinaria vuelta al mundo, no sujeta a itinerarios de compañías navieras sino a su propia voluntad. Como era un misántropo, fué concretando su ideal hacia un destino de soledad que se cumplió íntegramente. Dió la vuelta al mundo sin más compañía que el gran silencio de Dios sobre los mares.

Me tocó conocer, hace años, a cierto capitán germano cuya memoria evoco a menudo cuando quiero hallar un ejemplo de persistencia y voluntad. Era un héroe de la voluntad. He aquí como contaba este Gunther Pluschow, cuyos huesos duermen todavía bajo la nieve de la Tierra del Fuego, la odisea de sus viajes a la siza de un anheló. Tenía quince años y estudiaba en la Escuela Militar de su país. A menudo sus ojos azules se clavaban en los mapas del sur del mundo: la Tierra del Fuego. ¡Con qué deleite pronunciaba esas tres palabras que iban a ser decisivas en su destino! ¡Con qué emoción se juró más de una vez conocer ese extremo de la tierra!

Cuando Pluschow estaba joven y pensaba va arrancarse a la tibia de una casa, estalló la Gran Guerra y tuvo que irse a pelear con el grado de Primerán de marina y aviación. Fue en esta última rama donde descolló, gracias a su audacia, a su pericia, al dominio de la técnica. Sin la ferocidad de Richthoffen, realizó en las costas de China hazañas increíbles. Su nombre no tuvo sonido internacional, pero llevada la hora de las valuaciones, Pluschow pasó a ser en Alemania héroe popular. Desde entonces se le llamó al aviador de Tsingtau". Todo ese periodo de su vida era para él, un corrido de años, una especie de torbellino de cocktail de aviones, metralla y esperanza. Esperaba no morir-se para ir algún día a cumplir sus viejas ansiedades.

Terminada la Guerra, Pluschow se embarcó a bordo de un gran velero alemán. Atlántico abajo. Cuando desde el barco se advertían las costas de la Tierra del Fuego, bajo su capa de nieve, el capitán se aproximó a él y le dijo:

—¿Sabe usted, Pluschow, que

estamos frente a la tierra que tanto quería conocer?

—Sí, respondió sencillamente el aviador. — Lo sabía. Y luego agregó:

—Y dígame, ¿qué hay detrás de esas montañas nevadas?

El capitán adoptó un tono misterioso:

iba, desarmado, en pequeñas piezas, un avión que llamó el "Cóndor de Plata" y que fué el instrumento más importante de la campaña.

Y he aquí entregado a pata más pacífica y útil, al piloto que ametrallaba enemigos en

avión, los montes se ponen "su sombrero de niebla" (como decía el aviador) y el pájaro solitario comienza a tambalearse entre la furia de los elementos ciegos. Escenas todas cazadas en el momento justo, con riesgo de la vida, sin trucos miserables.

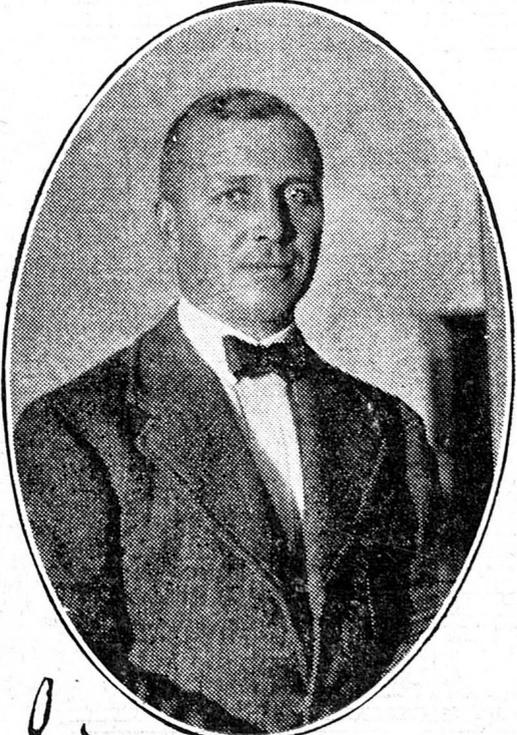
Pluschow regresó a Alemania con su film "El Cóndor de Plata en la Tierra del Fuego" y todos los libros que se publicaron en su lengua, en español y en inglés. Bastaron estos libros, esta película y algunas conferencias para encender la llama de la aventura en el corazón de muchos jóvenes europeos. Dejó a su mujer para iniciar un tercer viaje, que iba a ser el último. En un territorio perdido, desierto, a orillas de un lago, instaló su cuartel general. Desde allí salía, cada vez que el tempestuoso tiempo mostraba una faz amable, a explorar la cordillera fueguina. Así obtuvo datos preciosos, vió lo que nadie había visto, se internó en valles donde la nieve es perpetua, consiguió fotografías únicas en el mundo.

Pero como lo que sobra en todas partes son los hombres incomprensivos, un funcionario —alcalde o comandante de policía— por estúpidas suspicacias, comenzó a hostilizar al "aviador de Tsingtau". La obra de ciencia y de poesía no contaba, por cierto, para el celoso policía rural. La propaganda que sus libros, sus conferencias, sus artículos y sus films hacían en el mundo a la Tierra del Fuego, tampoco. Gunther Pluschow no era hombre capaz de dejarse hostigar por un comandante cualquiera, y un día, como las hostilidades recrudecieron, decidió buscar sitio más propicio en la misma región. Cargó su aeroplano, con todos los enseres, las ropas, los instrumentos de trabajo, los esquís, las latas de gasolina, y emprendió el vuelo. ¡Ay, el último vuelo! Hasta en las alas del aparato iban cajones. Pero el "Cóndor de Plata" no era sino un pequeño avión y no una máquina de carga, y no bien se había elevado quinientos metros sobre el suelo, cuando las alas empezaron a crujir... Fué el torbellino, otra vez el torbellino, y días más tarde hallaron el cadáver del infortunado capitán, junto a los restos de la avioneta. En ese sitio hay hoy un monolito que trae a la memoria de los fueguinos el recuerdo de su más grande exégeta.

En Berlín hubo a su muerte gran revuelo. Homenajes, veladas fúnebres. Se proyectó un film hecho con los mejores trozos de sus películas. Los niños en las escuelas leen hoy las aventuras de Pluschow en la Tierra del Fuego, como otros niños leen las de Robinson Crusoe en la Isla de Juan Fernández; a manera de tónico espiritual, de ejemplo de perseverancia.

Fué Gunther Pluschow el antidonjuan por excelencia en el amor a las tierras. Siempre quiso vivir en la Tierra del Fuego y murió en ella. Es decir, consiguió lo que pocos hombres obtienen en la vida: la realización integral de un ensueño de la infancia.

Luis Enrique Delano.



Gunther Pluschow

—Eso no se sabe... Las montañas fueguinas no entregarán nunca su secreto.

—Pues sí que lo entregarán, se dijo Pluschow con firme resolución interior. Yo —se lo arrancaré.

Y cumplió su promesa, bien seguro. Aquel viaje no era sino una especie de prólogo a su aventura fueguina. Gunther Pluschow, después de ligeras exploraciones, hubo de convenirse de que para enfrentar las vertebrales blancas de esas cordilleras hacía falta un elemento inédito en el sur del mundo: el avión.

Pluschow, que fué el arquetipo de una especie de hombres a los cuales se llamó en Alemania los "pájaros errantes", regresó a su país para emprender, no mucho después, su segundo viaje a la Fuerliands, a la Tierra del Fuego. Esta vez iba con su mujer, con un "cameraman" y con tres hombres de tripulación en un barquichuelo a alas —digo a velas— muy poco mayor que el "Firecrest" en que Alain Gerbault visitó los cinco continentes. En la bodega de ese velero

Tsingtau. Helo ahí, en pleno aire, dirigiendo el objetivo de la cámara cinematográfica hacia la Tierra del Fuego, los helados mares, los cerros nevados, los incomparables lagos, la visión imponente de los montes Sarmiento y Sella, los ventisqueros, los fiordos, el Cabo de Hornos, de sobrecogedora belleza, y esos lugares sin descripción en que la selva avanza, avanza irrefrenablemente hasta lamer la falda de las montañas cubiertas de nieve. Todo eso cupo dentro de la cámara y fué volcado después en una película que se exhibió en Alemania y supongo que en toda Europa. Era, más que un documental, un muestrario de maravillas hecho por un artista. El ojo del artista se advertía en el detalle pintoresco y fingaz, gracioso y humano. Hay en este film, que vi en Chile, en una exhibición privada que Pluschow nos hizo a los periodistas, una de esas tempestades del sur, que nacen con desconcertante celeridad y duran días de días. El cielo se cierra, las nubes aprisionan al